

CAPITULO III

Renacimiento de la Iglesia católica en la Gran Bretaña.

Hemos visto ya que la opresión en que el gobierno protestante de Inglaterra hizo gemir, por espacio de algunos siglos, á los católicos de la Gran Bretaña, y especialmente á los de Irlanda, empezó á ceder en la época de la guerra de la independencia y de la revolución francesa, que arrojó al otro lado de la Mancha muchos sacerdotes, cuya piedad, ciencia y educación desvanecieron muchas preocupaciones. Más adelante (1809) aprovechando O'Connell propicias circunstancias, emprendió con un valor, una constancia y un talento prodigiosos, la emancipación de la Irlanda, su patria, teniéndola siempre y á la vez en las estrictas vías de la legalidad y en una perpétua agitación. Por medio de esta agitación hábilmente fomentada, consiguió que el país hiciera enérgicas manifestaciones en favor de sus correligionarios. Todas las justas reclamaciones dirigidas por éste al Parlamento para lograr la participación de los derechos civiles, se estrellaron siempre contra la mala disposición de la cámara de los lores. Léjos de abatirse O'Connell por esto, exaltó al contrario el heroico valor y la noble resistencia de sus compatriotas en términos que, al fin, el miedo y la política alcanzaron de los torys las concesiones por tanto tiempo solicitadas en nombre del derecho y de la justicia. Lord Wellington se pronunció por la

emancipación, y llevó su bill á la Cámara alta el mismo día de la elección de Pío VIII (13 de Marzo de 1829); y el enérgico discurso de sir Roberto Peel lo hizo adoptar por el Parlamento, siendo sancionado por el rey el 13 de Abril de 1829, aboliendo esta ley el antiguo *test*, prescribió un juramento civil, compatible con la fé romana, y concedió á los católicos el derecho de entrar en el Parlamento y de ocupar la mayor parte de los empleos públicos. Pero esta primera concesión arrancada á los protestantes, aún cuando hizo la posición de los católicos más independiente, era insuficiente para calmar sus ánimos, pues aún en el día 700.000 protestantes anglicanos poseen en Irlanda todas las propiedades inmuebles consagradas en otro tiempo por la piadosa liberalidad de los fieles á las iglesias, conventos, hospitales y colegios; y además están obligados los católicos á pagar al clero de la Iglesia episcopal el diezmo de todas las producciones del país; de suerte que 2.000 individuos, cuyos curatos no tienen con frecuencia una sola oveja anglicana se reparten cada año una renta de 60 millones de francos. Los disidentes de Irlanda, en número de un millón poco más ó menos, se hallan casi en idéntica situación que los católicos. Tan manifestación y repugnante injusticia provocó, en 1831, una manifestación general de negarse todos á



pagar el diezmo. Para apaciguar la Irlanda, ofreció el gobierno una reforma de la iglesia protestante en ese país, cuyos habitantes católicos, reducidos á la última miseria, tenían que mantener á la vez á los ministros anglicanos y á los de su propio culto. El ministerio, empero, no acertó á tomar las medidas que eran necesarias para efectuar la reconciliación. La lucha política se prolongó hasta el año de 1834, y el diezmo, siempre exigido y siempre rehusado, no se recogió sino á fuerza de procedimientos sin término, y en medio de las más sangrientas escenas, de manera que los gastos de la persecución excedieron siempre con mucho los productos.

Lord J. Russell obtuvo de la Cámara de los Comunes (7 de Abril de 1835), que el excedente de las verdaderas necesidades de la Iglesia episcopal se destinaria á los fondos necesarios para la enseñanza popular católica; mas la Cámara de los lores desechó esta proposición (24 de Agosto). En medio de estas continuas luchas, no se debilitó ni un solo instante el entusiasmo de los irlandeses por la Iglesia de sus padres: vióse una maravillosa actividad, sobre todo en el momento en que el grande agitador enarboló el estandarte del Llamamiento, para poner fin á la desastrosa unión de la Irlanda y la Inglaterra. Estos patrióticos esfuerzos parecieron al gobierno una excitación evidente al odio y á la rebelión; borró de la lista del jurado á todos los electores católicos, y encontró en Dublín doce jurados bastante impudentes para herir, con un veredicto de condenación pronunciado contra O'Connell, el sentimiento natural de la equidad, de que los ingleses han estado siempre tan envanecidos (Marzo de 1844).

Si es extraño ver en Inglaterra, país clásico de la publicidad, la opresión y el desprecio pesar, como en Irlanda, sobre los católicos y sus instituciones, debe atribuirse á que, por una parte, eran demasiado pobres para disponer de órganos necesarios á la reivindicación de sus derechos, al enderezamiento de sus quejas y á la genuina manifestación de la verdad, y á que, por otra su abatimiento político los ha ido haciendo, más que en ningún otro punto, frios é indiferentes en materia de religión. Han sido,

por consiguiente, y á la vez, víctimas de la ignorancia religiosa y de las antipatías políticas, que datan del tiempo de Enrique VIII. Sólo después de la emancipación de la prensa católica y de la discusión pública y cotidiana de los dogmas é instituciones de la Iglesia romana, ha sido cuando el odio y el desprecio han ido cediendo, en fin, á más justos y legítimos sentimientos. A la acción de la prensa se debe sin duda el movimiento tan pronunciado que se nota hoy en Inglaterra á favor de la Iglesia romana. Gother y Challoner combatieron con el mejor éxito, y destruyeron, á lo ménos entre los espíritus rectos y generosos, las preocupaciones de más bulto esparcidas contra ella. El obispo J. Milner defendió con igual celo la misma causa; Cobbett, aunque protestante, puso en evidencia con mucho talento, grande habilidad y perfecto conocimiento de las cosas, las partes vulnerables del protestantismo, y denunció de un modo ruidoso y formidable á toda la Europa las violencias ejercidas contra los católicos; Dallas, celoso anglicano, tomó con calor la defensa de los jesuitas tan infamemente calumniados; J. Lingard dió á conocer por medio de estudios concienzudos y con una severa imparcialidad que á nadie perdona, é imprime á su libro un carácter de veracidad inatacable y no disputada, la legítima historia de Inglaterra el irlandés Tomás Moore, amigo de Lord Byron, hizo la apología de la Iglesia de Roma; Wiseman, en el día coadjutor del distrito de la Inglaterra central (en 1852 cardenal y arzobispo de Westminster), puso al alcance de todo el mundo, por medio de una exposición clara y metódica y en elocuente y popular lenguaje, las ideas más profundas de la ciencia y del culto católicos; y miss Agnew conquistó con su célebre novela de *Geraldina* más de un corazón para la Iglesia. La literatura periodística contribuyó también con su parte de acción é influencia en ese movimiento de retorno hácia las ideas proscritas hasta entonces, y los trabajos del *Catholic Magazine*; del *Tablet*, dirigido por Lucas, antiguo cuáquero, y de la sociedad de los Tratados católicos de Londres que en 1842 había distribuido ya 162.000, contribuyeron al éxito común. Tal fué asimismo el efec-



co de la famosa declaracion de los obispos, vicarios apostólicos y sus coadjutores, publicada; en 1826 en Lóndres, en tres ediciones sucesivas. Los once capítulos de esta docta y enérgica exposicion de los dogmas más tenazmente atacados por los protestantes, tratan sucesivamente del carácter general de la doctrina católica, de la Santa Escritura, del cargo de idolatría y supersticion, de la confesion, de las indulgencias, de la sumision al soberano y de la obediencia al papa. Así concluye este importante documento:

«En los artículos que preceden nos hemos esforzado en explicar con toda su sencillez los puntos de disciplina de nuestra Iglesia más expuestos, en este país, á ser desconocidos ó desfigurados; esperamos por consiguiente que todos nuestros compatriotas acogerán con espíritu de verdad y caridad nuestra declaracion y nuestras explicaciones, y que los que hasta el día han ignorado ó menospreciado nuestras creencias, nos harán la justicia de creer que, como católicos, no sostenemos ningun principio religioso ni ninguna idea, que no sea perfectamente compatible con nuestros deberes de cristianos y de súbditos británicos.»

Esa actividad de los escritores y de los sacerdotes católicos ha excitado en todas las clases de la sociedad un celo admirable á favor de la antigua Iglesia. Los papeles públicos traen con tanta frecuencia listas de personas convertidas al catolicismo, que el *Blackwood Magazine* expone sus temores y su dolor por los progresos del romanismo, y los diarios torys procuran concitar las inquietudes y el odio del pueblo, profetizando la cercana ruina del protestantismo. Anúncianse desde los púlpitos y por medio de carteles fijados en las puertas de las iglesias, sermones de controversia; pero estos sermones no salen de los límites de una perfecta conveniencia y de la sólida libertad de que goza el pueblo inglés. Hasta se ven renacer antiguas instituciones que son exclusivamente católicas, y aun conventos de mujeres. En 1838 se fundó en Lóndres, bajo la presidencia del conde Shrewsbury, un instituto católico con otros tres secundarios. Formóse al mismo tiempo, bajo la direccion de la marque-

sa Wellesley, una sociedad de señoras para proveer de ornamentos y vasos sagrados las iglesias indigentes. Lóndres cuenta en su seno once asociaciones para escuelas gratuitas, y cuatro para cuidar y socorrer á los enfermos necesitados. Todos los días va en aumento el número de capillas é iglesias. La Inglaterra que, en 1834, no contaba más que trescientas cincuenta y tres iglesias, tenía ya, en 1839, cuatrocientas cincuenta y tres, y poseía diez colegios (inclusos los de Escocia), principalmente los de Ushaw, en el condado de Durham, y de Stonhurst, en el Lancashire. Los católicos están construyendo en Lóndres una gran catedral, y York ve igualmente levantarse, al lado de su famosa Metrópoli, otra magnífica iglesia católica. Dicen que Liverpool tiene cerca de cien mil católicos, y Manchester unos treinta mil. Cada día va ganando más terreno el catolicismo en el Norte de Inglaterra, y particularmente en las ciudades manufactureras, contándose ya en el día mas de dos millones de fieles católicos romanos. Lo grave y notable es el gran número de metodistas que se convierten á la Iglesia madre. De algun tiempo á esta parte en la universidad protestante de Oxford, y especialmente en la escuela del célebre Pusey, se manifiesta una reaccion muy favorable á la Iglesia romana. Mas esta reaccion no dará ningun resultado positivo mientras el doctor Pusey no se desprenda de algunas extrañas prevenciones que conserva, entre otras, contra la Santísima Virgen, de quien dice en un pasaje: «Una sola cosa echa á perder todas las muchas excelentes que contiene la Iglesia católica, y las corrompe como una levadura perniciosa; y es el confundir á la criatura con el Criador, y ofrecer al amor del hombre un objeto distinto de Dios, atribuyéndole la gloria y la magnificencia del Señor, y enseñando que los santos y pecadores deben poner su esperanza y confianza en la Santa Virgen, como en Dios mismo. Este sólo punto de doctrina malogra los libros de oracion de la Iglesia católica, su culto cotidiano y sus conventos, fundados en parte para favorecer y propagar esta preocupacion.» La educacion es tambien objeto de sus asiduos cuidados. To-



mando la reina bajo su égida los derechos de la Iglesia, ha concedido al colegio de Santa María, cerca de Birmingham, y al de jesuitas de Stonhurst, todos los privilegios de los universitarios. Este movimiento religioso de la Inglaterra ha interesado en su regeneracion completa á toda la Europa católica. Mientras el doctor Wiseman anunciaba en Roma que los hombres más ilustrados de la Gran-Bretaña se iban despojando de sus prevenciones contra la Iglesia, lord Spencer recorria la Francia pidiéndole oraciones para la conversion de su patria, y el Santo Padre, á fin de apresurar este momento, dividía en ocho distritos la Iglesia de Inglaterra (11 de Mayo de 1840.)

En Escocia no ha desfallecido jamás la vida espiritual, y el catolicismo va renaciendo poco á poco de sus antiguas ruinas. En 1829 no habia en este país más que cincuenta y una iglesias católicas; en 1839 habia ya setenta y ocho. En Edimburgo se ha creado una gran asociacion católica; y para instruir al pueblo están saliendo *Revista católica* (Catholic Review) el *Semanario católico* y el *Penny orthodox journal*. Se tienen muchas conferencias públicas, y los esfuerzos de los ministros protestantes para desfigurar los dogmas de la Iglesia romana, dan precisamente el resultado de inspirar á los que los ignoran el deseo de conocer estos principios tan vituperados. El clero de Santa María, en Blaires, dirige principalmente la educacion. Glasgow y sus cercanías cuentan treinta mil católicos; Edimburgo, catorce mil; Pasley, diez mil; Dundee, cinco mil seiscientos; Grenock, tres mil; Aberdeen, dos mil quinientos, y Dumfries, dos mil.

La Irlanda, con su siete millones de católicos, sus cuatro arzobispados y veintidos obispados, sigue, como en otro tiempo bajo Grattan y Curran, combatiendo gloriosamente por la fé, á las órdenes de su ilustre jefe Daniel O'Connell. Tratase á la vez de la religion y de la libertad. No teniendo O'Connell más mira que la Iglesia y su patria, sea que hable en la cámara de los Comunes, sea que escriba, que abogue ó que arengue al pueblo en los meetings, ha llegado á ser el verdadero rey de la Irlanda católica. Á su lado trabajan y han trabajado

muchos hombres piadosos é inteligentes, como el doctor Doyle, obispo de Kildare (m. 15 de Junio de 1834), campeón tambien célebre de la emancipacion, y escritor y catedrático ilustre en el colegio de Larlow; Tomás Kelly, primado de la Iglesia católica de Irlanda (m. 14 de Junio de 1835), y Tomás Moore, poeta generoso y entusiasta ya uitor del Viajedo un caballero en busca de una religion. Al mismo tiempo se muestra el clero tan activo y tan entregado á su ministerio, que Steele, protestante anglicano arrebatado de una santa cólera (Agosto de 1841), atestiguó públicamente que, «desde que el mundo es mundo, jamás se vió tan admirable union moral entre los hombres, como la de los sacerdotes católicos de Irlanda.» Libertad y pobreza; hé aquí el santo y seña de estos sacerdotes del Dios vivo, en ese país de Irlanda, que debería ser, para los corazones tibios y pusilámines de nuestro siglo civilizado y positivo, una segunda Tierra Santa, capaz de inspirarles el entusiasmo que producen las grandes cosas.

La Iglesia de Irlanda es toda electiva. Los curas eligen en sus propias filas ó en las del resto del clero irlandés al obispo de la diócesis, y otras veces lo escoge el papa de entre tres candidatos que se le presentan. Habiendo ofrecido el Gobierno inglés en 1831 una especie de emancipacion, con la condicion de que se le concedería el *veto* en el nombramiento de los obispos, se desechó con indignacion la propuesta, á pesar de las representaciones de algunos legos católicos y de todos los esfuerzos de los partidarios protestantes de la emancipacion. Acordándose asimismo los obispos del famoso *Timeo Danaos*, rehusaron unánimemente, y despues de haber deliberado mucho sobre ello, la dotacion que el gobierno les ofrecia (1837). Prefirieron quedar pobres, pero libres. Los católicos irlandeses están además siempre dispuestos á mantener á sus pastores. En los tiempos en que vivimos, la conservacion de la supremacia protestante en Irlanda es una odiosa é intolerable iniquidad.

En todos los puntos del país se están levantando, bajo la direccion del clero, nuevas iglesias, como la de San Pedro, en Little-Bray (1838)



fundada y edificada con los donativos que se recogen semanalmente de las clases inferiores. De los diarios más importantes de la Irlanda, ninguno aventaja al *Dublin Review*, dirigido por O'Connell, el doctor Wisseman y el doctor Michel. La moralización y el bienestar temporal del pueblo irlandés deben también mucho á los esfuerzos del infatigable promovedor de las sociedades de la templanza, el P. Matew, capuchino, cuyos sermones, según relación de lord Palmerston en la Cámara de los Comunes, han disminuido la contribución sobre las bebidas espirituosas, en Irlanda, en más de 300.000 libras esterlinas. Mientras que, por un lado, los irlandeses católicos y protestantes quieren, en señal de gratitud, erigir un monumento al P. Matew, por otro, los preladados de la Iglesia episcopal califican de obra del diablo la benéfica influencia del capuchino, y abruma con su desprecio á los que, no bebiendo más que té, se hacen con esto culpables de ofensa á Dios y á los hombres.

El cardenal arzobispo de Malinas, Franckenberg (m. 1804), había combatido con heroico celo las tentativas hechas en Bélgica para introducir allí los principios de José II y desorganizar su Iglesia. Su declaración doctrinal (26 de Junio de 1789) acerca del seminario general de Lovaina, dirigida contra la creación de los seminarios generales instituidos por José es una prueba de la constancia del clero belga ante los conatos de los iluminados y josefistas. Sintieronse los efectos de su celo y actividad hasta el fin de la dominación francesa, que no influyó más que medianamente en el espíritu religioso del país. Las luchas que bajo la dominación holandesa tuvo que sostener la Bélgica para conservar su fé y su libertad espiritual, y la resistencia que opuso al reglamento relativo á los estudios prescritos en 1825 á los teólogos, en el colegio filosófico de Lovaina, aumentaron las causas del descontento general que excitaba el gobierno holandés, y contribuyeron á la separación de los dos reinos. Desde entonces hemos visto irse desarrollando más y más en Bélgica el espíritu religioso y católico, que domina tan bien la opinión pública como la educación, dirigida por celosos

eclesiásticos, entre los cuales se distinguen el cardenal Sterckx, arzobispo de Malinas, y el señor Van Bommel, obispo de Lieja. Los conventos han vuelto á establecerse con toda su antigua autoridad. Después de los debates de todo género y de las muchísimas contradicciones de que el colegio filosófico de Lovaina fué objeto, se creó, con el auxilio de fundaciones piadosas y contribuciones voluntarias dadas con regularidad por los católicos, la Universidad católica libre de Malinas, más adelante trasladada á Lovaina, é inaugurada solemnemente el día 1.º de Diciembre de 1835. Opuesta á la Universidad liberal de Bruselas, esta institución, una de las más importantes creaciones católicas de nuestra época, es en el día el establecimiento de instrucción pública más concurrido de la Bélgica. Comprendiendo la Iglesia belga su situación, nada ha dejado que hacer por reconciliarse con las ideas útiles del siglo y ennoblecerlas. La sociedad para la propagación de buenos libros ejerce una acción muy saludable sobre el pueblo, y la importación de la erudición alemana en el país, especialmente por Moeller y Arendt, promete felices resultados.

Después de la Francia, la Bélgica es la que más se distingue en celo por las misiones extranjeras. Combatido el catolicismo por liberales y republicanos, y lastimado por los ataques de Lamennais, se conserva, sin embargo, en Bélgica, victorioso de las pruebas del momento y con la seguridad de su porvenir, cuyos gérmenes están hace tiempo depositados en el seno de aquella fecunda tierra. En vano el abate Helsen, suspendido á causa de la irregularidad de sus costumbres, pretendió fundar una iglesia que se llamaba á sí misma católica y apostólica, alquiló al efecto un local en el barrio de los francmasones de Bruselas, y dijo la misa en francés y flamenco, después de haber recibido de Fabre Palaprat la consagración episcopal. Se deshizo en declamaciones contra la pretendida desmoralización del clero, y fatigó la curiosidad pública; pero fué rechazado por la Cámara, que lo asimiló á Chatel y demás histriones político-religiosos, y su partido se desvaneció con la misma prontitud que el del sectario francés, no dejando tras sí más que



algunos revolucionarios exaltados y algunos republicanos descontentos. Sin embargo, Helsen, tocado por la gracia, se convirtió á la verdad (14 de Noviembre de 1842), y algún tiempo después murió en el gremio de la Iglesia.

La iglesia católica de Holanda ha resistido siempre al ólio inveterado de los calvinistas, á la acción disolvente del jansenismo y á las medidas más recientes y enteramente hostiles del Gobierno. Según documentos oficiales, en Enero de 1840 de los de 2.860.450 habitantes del reino, 1.100.616 eran católicos. Por desgracia, el cisma jansenista de Utrecht se ha ido perpetuando hasta nuestros días; y en 1821 además del arzobispo de esta ciudad, 24 curas y 2.520 cismáticos, había un obispo jansenista sufragáneo de Harlem, con 20 curas y 2.438 almas, y el obispo de Deventer, sin curas ni rebaño. Todos estos preladados fueron excomulgados por Roma; y, sin los auxilios que les van de Francia, hace tiempo que el seminario jansenista de Utrecht y el cisma que él mantiene habrían desaparecido. Los sacerdotes católicos que, durante el último siglo, reconocieron la autoridad de la Santa Sede, fueron víctimas de durísimos tratamientos por parte del gobierno. Sólo desde 1776 son reconocidos válidos sus testamentos y donaciones á favor de la Iglesia y de los hospitales. En esta época el cardenal Brancadoro, arzobispo de Nisibis, llegó á Holanda en calidad de superior de las misiones holandesas, y ministró el sacramento de la Confirmación, en medio de visibles testimonios de la adhesión del pueblo por el papa. Más adelante, el vice-superior Ciambelani estuvo encargado de las misiones holandesas, y desde Munster concedió los poderes y las dispensas necesarias; y no hallándose revestido de la dignidad episcopal, era auxiliado por el señor Van de Velde de Melroy, obispo de Ruremonde, cuya diócesis se extendía hasta Holanda. Al principio de la revolución se retiró este digno prelado á Emmerich, en Prusia, desde donde continuó en administrar los sacramentos de la confirmación y el orden. En 1801 resignó el ejercicio de sus funciones, conservando sólo la jurisdicción de la parte holandesa de la diócesis, que comprendía 53 curatos y 50.000 cató-

licos. El gobierno holandés le concedió el completo y libre ejercicio de sus funciones episcopales; y cuando Luis Bonaparte fué proclamado rey de Holanda, lo nombró su limosnero mayor, á pesar de las gestiones del partido del arzobispo de Utrecht para conseguir este favor. De este modo pudo el prelado prestar eminentes servicios á la misión holandesa, desde 1802 hasta 1811, en cuya época, después de la abdicación del rey Luis, rehusó al duque de Placencia, su sucesor, el consagrar á un obispo de Bois-le-Duc. De resultados de esta negativa (1811) fué llamado á Paris, desde donde se retiró á Bruselas. Durante el reinado del mismo Luis Bonaparte y el de su sucesor, había igualmente trabajado Ciambelani sin ningún obstáculo en la misión de Holanda; mas el Gobierno protestante de la restauración lo mandó inopinadamente arrestar en Malinas (1815), y conducir hasta la frontera, á pesar de la indignación manifestada por los católicos. Hasta el año de 1823 no se reparó este acto de violencia autorizando de nuevo á Ciambelani para que se ocupara en la misión holandesa. Su primer acto fué entonces la consagración de la capilla y seminario de Warmond, cerca de Leiden, debido á los sacrificios del clero y de los fieles.

La organización de la Iglesia en Holanda subordinaba al nuncio del papa siete arcipresbiteros, en calidad de inspectores de las provincias de Holanda, Zelanda, Utrecht, Frisa, Groninga, Over-Yssel, y Drente. La Iglesia y el clero han conservado allí la memoria del sacerdote Raynal, capellan de la embajada española en el Haya (m. el 6 de Julio de 1822), que echado del obispado de Cahors por la revolución francesa, se retiró á los Países-Bajos, y prestó, en circunstancias críticas, muy grandes servicios á la Iglesia católica holandesa con su celo, su benéfica acción sobre el clero y su vida edificante. Conformándose el rey Guillermo I con los votos de los católicos, cada vez más formalmente expresados, concluyó, al fin, con el papa, como hemos dicho ya, un concordato para el reino de los Países-Bajos, en virtud del cual debían erigirse en Holanda dos obispos sufragáneos: uno en Amsterdam y otro en Bois-le-Duc. El gobierno protestante, que hu-



biera debido contemplar á los cuatro millones de católicos que constituyen las dos terceras partes de la población del reino, y respetar las instituciones y los intereses religiosos de la mayoría de la nación, persistió en querer hacer dominar por todas partes el espíritu protestante, y no temió lastimar, á veces de una manera violenta, los principios de la Iglesia católica. Algunas otras medidas imprudentes del gobierno, que aumentaron el descontento de una población inquietada por su fé produjo la separación violenta de los dos reinos de Bélgica y Holanda (1830).

El formal aviso que esta catástrofe daba al gobierno no sirvió todavía para que la Iglesia católica de Holanda conquistase su entera libertad, aun cuando, después del advenimiento de Guillermo II al trono (1840), se pudo fundar alguna esperanza en las negociaciones entabladas por el nuncio Capaccini. Ya no son tan favorablemente acogidas las quejas que la tolerancia de los calvinistas holandeses ha hecho oír por tanto tiempo contra los católicos. El Luxemburgo, sometido á Guillermo II, está confiado á la dirección espiritual de un digno obispo, el Sr. Laurent, que echado de Hamburgo en otro tiempo, donde había desempeñado las funciones de vicario apostólico de la Alemania septentrional, se ha vengado generosamente de esta injuria exhortando eficazmente á sus diocesanos á que socorriesen á Hamburgo, asolado por un horroroso incendio.

La Suiza hacia antiguamente parte de las diócesis de Maguncia. Las pomposas promesas de los franceses en 1797, que iban, según ellos mismos decían, á dar la libertad á los descendientes de Guillermo Tell, libertarlos de un gobierno oligárquico, y reintegrarlos en el goce de los derechos del hombre, se realizaron, lo mismo que en Francia, por medio de la destrucción del orden establecido y la demolición de la Iglesia católica. Rompióse el lazo que había unido á la Suiza occidental con la Iglesia galicana. Cuando se restableció el orden político, los cantones católicos, colocados en parte bajo la jurisdicción del obispo de Constanza, pidieron al Santo Padre la institución de un obispado nacional. Acordábanse, por un lado, de las

discusiones de la Dieta de 1803, referentes al obispado de Constanza, en las cuales se había preguntado si, no pudiendo ya los cabildos elegir libremente obispo, debería la Suiza reconocer á uno necesariamente colocado bajo la dependencia de un soberano extranjero, ó si era preferible, para el interés de ambos partidos, que se dividiera la diócesis, en virtud de un concordato con la Santa Sede. Consideraban, por otra parte, que las instituciones eclesiásticas iban decayendo cada día más en Alemania, y que era inminente la transformación completa de los obispados de este país.

En su consecuencia (el 16 de Abril de 1814), diez cantones católicos se convinieron en suplir al jefe de la Iglesia que los separase de las diócesis, que se hallaban entonces en camino de disolución, y que erigiese una especial para su país. El día 7 de Octubre siguiente concedió Pío VII la separación reclamada. Al comunicar el nuncio á la Dieta el breve pontificio, anunció al mismo tiempo que Su Santidad había nombrado vicario apostólico de aquellos cantones al prior de la antigua abadía de San Miguel de Beromunster, Gœdlin de Tiefenau, nombramiento recibido con general aplauso. Pero aunque admitido y resuelto el principio del nuevo obispado, no fué tan fácil de realizar: cada cantón tenía su interés, cada miembro de la Dieta sus opiniones; costaba gran dificultad entenderse, cuando quiso la desgracia que muriera Gœdlin en la flor de la edad (1819). Su sucesor, Carlos Rodolfo de Boul-Schauenstein, príncipe-obispo de Coira, no fué acogido tan favorablemente como Gœdlin; y el cantón de Argovia, entre otros, pidió ser puesto otra vez provisionalmente bajo la autoridad del obispo de Constanza. Mas el soberano pontífice Pío VII apresuró la solución dependiente de la reorganización del obispado de Basilea, al cual debían incorporarse los cantones separados del de Constanza; nombrando al prior Clutz Ruchti, de la colegiata de Soleura, sufragáneo y coadjutor del obispo del mismo Basilea, residente á la sazón en Offenburgo, en el país de Baden. Ulteriores negociaciones reunieron las poblaciones católicas de los cantones de Basilea, Lucerna, Berna, Soleura y Argovia. Asimismo terminó



felizmente Pío VII la discusión relativa á la abadía de San Gil, erigiéndola en iglesia episcopal (2 de Julio de 1823), y dando de esta manera al obispo Carlos Rodolfo el doble título de obispo de Coira y de San Gall. En 1823 dividióse de nuevo este doble obispado. Por otra parte, desechó el papa el proyecto de concordato que debía unir los tres cantones primitivos de Uri, Schwytz y Unterwalden al obispado de Coira (7 de Enero de 1823). En fin, el mismo cantón de Ginebra, antiguo foco del calvinismo, suplicó á Pío VII que nombrara un obispo para los católicos del cantón; y el papa (bula *Inter multiplices*), los confió al obispo de Lausana, residente en Friburgo.

Estas disposiciones particulares fueron preparando bien las cosas, y pronto pudieron arreglarse definitivamente los asuntos católicos de la Suiza por medio del concordato celebrado con el papa Leon XII, y publicado por la bula *Inter precipua nostri apostolatus munia* (Mayo de 1828). Según los términos de este concordato, las poblaciones católicas de los cantones de Lucerna, Soleura, Berna, Argovia, Basilea, Zug y Turgovia, forman el obispado de Basilea, cuya sede es trasladada á Soleura. Se le dan al obispo titular un cabildo de veintinueve canónigos y tres dignidades nombrados, uno por el obispo, otro por el gobierno, y el tercero por el papa. Los canónigos deben elegir el nuevo obispo, á quien da el papa la institución canónica, etc. Estas disposiciones fueron desaprobadas por muchos de los cantones en cuyo nombre se habían tomado. Fué, pues, necesario proceder á una nueva convención entre Lucerna, Berna, Soleura y Zug, y el internuncio Gizzi, á la cual se adhirieron Argovia y Turgovia en 1830. Por fin, después de muchas otras negociaciones, los 882.859 católicos de la Suiza, que cuenta además (1841) 1.292.871 protestantes de distintas confesiones y 1.755 judíos, son repartidos en seis obispados: 1.º el de Basilea, para los cantones de Lucerna, Zug, Soleura, Argovia, Turgovia, Basilea, Zurich y Berna (Jura); 2.º el de Lausana y Ginebra, para los cantones de Friburgo, Ginebra, Vaud, Neuchâtel y Berna (hasta el Aar); 3.º el de Sion, para el Valais; 4.º el de Coira y San Gall, para

Uri, Schwytz, Unterwalden, Glaris, los Grisones, San Gall, Appenzell y Schaffouse; y el 5.º y 6.º se componen de los católicos que hablan italiano, que habitan en el cantón del Tessino, confiados al cuidado del obispo de Como y del arzobispo de Milan. En defecto de arzobispo nacional, todos los obispos de la Suiza dependen inmediatamente del jefe de la Iglesia, que facilita el despacho de los negocios eclesiásticos teniendo en Lucerna un nuncio apostólico.

Quizás en ninguna otra parte se han establecido y expresado los principios del liberalismo moderno bajo formas más variadas y divergentes que en la Confederación helvética; pero es menester decir al mismo tiempo que, á pesar de sus disensiones, los infinitos matices de este partido en ninguna otra parte se han confundido más íntimamente en común odio contra la Iglesia católica, sobre todo después de los últimos acontecimientos de los años 1830 y 31. Reina en este país de pretendida libertad el liberalismo más despótico y absoluto; las sociedades secretas trabajan en él, y ya envueltas en las sombras del misterio, ya desembozadamente, para fascinar y extraviar cada vez más el espíritu público; y la prensa vomita diariamente las más infames calumnias sobre los sacerdotes católicos, los conventos, los jesuitas, el nuncio y el papa, la Iglesia y todas sus instituciones. Para defenderse los católicos de tan desleales y falsos ataques, habían fundado, en 1832, el Diario eclesiástico de la Suiza, que debía despertar y fomentar los sentimientos religiosos del pueblo, sostener los derechos de la religión y de la Iglesia, rectificar las aseveraciones falsas y rechazar todas las calumnias. Pero penetró la traición hasta en las filas de los defensores de la Iglesia: algunos teólogos católicos de la escuela de Paolo Sarpi y del liberalismo moderno crearon, en oposición al Diario eclesiástico de la Suiza, la *Gaceta* general religiosa para la Alemania y la Suiza, dirigida por el famoso Fischer, participando en parte de las tendencias de la prensa radical, y proclamando, como el mayor bien para la Iglesia católica, su separación de Roma. Envalentonada la prensa radical con esta perfidia, esparció con más audacia y diligencia que nunca sus calendarios